

taba con profunda tristeza y desconsuelo la hora que duraba su desamparo. Y así después de varias comparaciones que no explicaban su intento, no se le ofrecían palabras más acomodadas que las que dijo David: «Los dolores del infierno me han cercado por todas partes, y los lazos de la muerte me tienen presa.»

Dos veces obligaron á la virgen los que podían mandarla que explicase la segunda parte de la tragedia: esto es, de qué suerte la amanecía el sol divino, después de tantos nublados y tempestades; porque no parecía creíble que el Esposo dulcísimo, después de tan tenebroso eclipse, no se esmerase mucho en confortar y acariciar un alma, á quien tan duramente y con tantos dolores había afligido. Al oír estas palabras, más hubiera querido Rosa callar ó cambiar el tema de la conversación. Viendo que no podía excusarlo, confesó ingenua y cándidamente con las mejores palabras que pudo, las grandes misericordias que Dios la hacía después de tantos aprietos. Decía que en un momento se hallaba restituída á la unión, de donde había caído, ó que ella pensaba que había perdido; que al mismo punto sentía el alma inflamada y bañada toda en luces. Pero de esto trataremos en el capítulo siguiente, en la descripción del examen, donde vendrá más á propósito. Lo que nos conviene aquí es admirar el modo con que la sabiduría eterna trata las almas de los escogidos, para mayor bien suyo, como dice la Escritura sagrada. «Las mortifica y las vivifica, las humilla hasta hundirlas en los senos del infierno, para sacarlas con gloria.»



## CAPÍTULO XV

Sujétase Rosa al examen de hombres doctos para que averigüen y juzguen si su espíritu es de Dios.

**L**A LUZ secreta de la divina gracia que guió desde su niñez á Rosa por caminos derechos, la había también asegurado que era Dios quien la llevaba y que no había que dudar que caminaba sin error y sin peligro por sendas ciertas, aunque poco andadas, y donde apenas se veían estampadas huellas que seguir, por ser pocos los que habían echado por este atajo. Aunque estaba tan cierta, con todo eso como humilde no quería parecer todo lo que era. Por lo cual no rehusaba el examen grave, serio y repetido de hombres ilustrados, que calificasen su vocación y asegurasen si iba seguro su espíritu. Entre otros, los principales á quienes destinó la buena suerte para ser exploradores sutiles del estado de la virgen, fueron el doctor Juan del Castillo y el Padre Maestro Fr. Juan de Lorenzana, que fué el que la guió principalmente por la senda de la perfección cristiana, hasta que entregó su espíritu dichoso en manos del

Criador. Hubo también otros que investigaron los senos más secretos de su espíritu con mucha curiosidad y cuidado, aunque no de continuo, sino solo con ocasión de oírle algunas veces en el tribunal de la penitencia y en reemplazo de los que dirigían de ordinario su espíritu. Es forzoso que antes de tocar el punto principal digamos algo de los dos primeros sujetos, para que conocida su santidad, experiencia y destreza, se pondere mejor el peso, el crédito que se debe tener del maduro examen que hicieron y la aprobación que dieron á los ejercicios de Rosa.

Era el doctor Juan del Castillo en la profesión y el oficio, médico; seglar en el estado; en la vida, pureza del espíritu y en los ejercicios y en la perfección, religioso. En Lima por aquel tiempo, era venerado por varón excelente en virtudes; y entre los siervos de Dios más escogidos, estimado por uno de los primeros. Fué consumado en los estudios de filosofía natural y medicina; penetró con la agudeza del ingenio los secretos más delicados de la metafísica; fué celebrado por muy docto en las escuelas y academias. Aplaudíanle los varones más señalados en letras, porque tenía dón de claridad y porque sabía explicar los conceptos más oscuros, con términos breves, propios y clásicos, prenda de que gozan pocos, aunque sean muy grandes. Su vida era un espejo puro y terso de piedad, tanto que en el común sentir se tenía por cierto que poseía todas las virtudes en grado heroico. Era sabio en la teología mística; no á fuerza de especulación y estudios, que se queda muy afuera en esta materia, sino por experiencia propia. La poseía con conocimiento de causa; ya que de los principios que la son propios sacaba legítimas consecuencias. Tanto es así, que aquel famoso maestro de espíritu de aquel siglo, el Padre Diego Alvarez de Paz, de la Compañía de Jesús, Provincial entonces del Perú, cuando escribía aquellos celebrados escritos de oración, meditación y contemplación que tanta luz han dado á las almas, para dar-

los á la estampa, en muchos puntos consultaba á este gran varón; y le alega, aunque sin decir su nombre, en el tomo III de *Contemplación*, libro 5, tratando de aquella cuestión tan controvertida entre los místicos, «si puede amar la voluntad lo que no conoce el entendimiento; y le cita como á maestro de oración y perfección sólida, aunque calla su nombre porque vivía entonces; si bien para darle á conocer sólo falta señalarle con el dedo. Escribió este Doctor por especial orden y mandato del P. Diego Alvarez, un tratado de mucho mérito acerca de las cosas que á él le ocurrían en la contemplación. Vió este libro y admiróle el Arzobispo de Myra, varón muy entendido y versado en materias místicas; le mandó traducir para ofrecérsele en propia mano al Romano Pontífice. Tal es el juicio que del Doctor Castillo formó, como testigo, jurídicamente preguntado, el Doctor D. Pedro de Ortega y Sotomayor, primer catedrático de Prima de Lima y después Canónigo magistral, Arcediano de aquella Santa Iglesia Metropolitana, Consultor del Santo Oficio, Obispo de Trujillo, de Arequipa y del Cuzco. Añadió que si sobreviva al Doctor Castillo, el que aún vivía, había de publicar mayores cosas de este gran sujeto. Pasemos ahora al otro examinador, de quien hablaremos con más brevedad.

El Maestro Fr. Juan de Lorenzana, de la Orden de Predicadores, como testifica el ilustrísimo señor que poco ha citamos, era tenido en la común opinión por casi igual en virtud y santidad al Doctor Castillo. Señalábanse mucho en este varón insigne la perfección de la vida y la profunda sabiduría de Teología escolástica. Concurrían para hacerle grande, ardiente estudio de contemplación, y en la vida activa destreza en el gobierno. Era su ingenio agudo y perspicaz, el juicio alto y maduro, mucho retiro del siglo, mucho acierto en el manejo de los negocios. Por eso se acumularon sucesivamente en él, como en su centro, tantos puestos y oficios, regencias de cátedras y prelacías de conventos.

Fué catedrático de Prima de la Universidad de Lima y el primer Consultor del Santo Oficio de la Inquisición del Perú, que tuvo aquella escuela, Prior del Convento de Lima, Vicario general de la provincia de San Juan Bautista del Perú, y finalmente su Provincial y Visitador, siendo igualmente entendido y versado en las cosas eclesiásticas y políticas: amado de toda clase de personas, desde la más elevada hasta la más ínfima. Sujeto admirable, á quien acudían como á común oráculo todos cuantos se encontraban con dificultades en los negocios arduos de la vida. A él pedían consejo los Obispos, consultaban las Cancillerías, las ciudades y los tribunales las dudas que se ofrecían en el fuero exterior y en el interior de la conciencia; porque comprendían todos que tenía dón singular y admirable para dar consejos acertados. Si se quiere apreciar cuán grande fué el Maestro Lorenzana en la Teología mística, que es la ciencia de los santos; cuánta la experiencia, el gusto y sabor de las cosas celestiales para distinguir las y conocerlas; lo mucho que se ejercitó en la enseñanza de contemplación altísima; la vista de lince con que distinguía prudentemente la diferencia de los espíritus; si faltaran otros argumentos, bastara saber que la Providencia divina encomendó singularmente á su gobierno el espíritu de Rosa. Bien pudiéramos aquí hacer mención, con casi igual elogio, del P. Diego Martínez, de la Compañía de Jesús, de los PP. Maestros Fr. Alonso Velázquez, Fr. Luis de Bilbao y Fr. Juan Pérez. Mas es tanto el crédito que se debe al examen de los dos primeros, y lo mucho y vario que abraza, que no hay cosa nueva que añadir de los otros. Volvamos ahora con brevedad al principal intento.

Asistieron al primer examen de Rosa, para mayor autoridad y decencia, la madre de la virgen y D.<sup>a</sup> María de Usateguí. A la vista de estas dos matronas, por espacio de tres horas, y en la celdilla del huerto tantas veces referido, la hizo el Doctor Castillo muchas preguntas, y como sabio médico tomó el pulso con diligencia

á su espíritu y hallóla sana y sin sospecha. Preguntó lo primero desde qué tiempo comenzó á experimentar en su alma impulsos interiores y estímulos del cielo, y á tener quietud y tranquilidad en la oración. A esto respondió Rosa con santa sinceridad y llaneza que: del tiempo no se acordaba, porque desde el primer uso de la razón siempre se halló muy inclinada á orar y levantar el espíritu á la meditación atenta de los misterios divinos; de suerte que nada le parecía más dulce y más deleitable, ni más conforme á su inclinación, que hablar con Dios, pensar en Dios y desear con vivas ansias los bienes soberanos de la otra vida. No tuvo empacho de confesar esto delante de su madre, que sabía muy bien que era verdad todo. Preguntada del provecho que había sentido en este santo empleo de la oración; si tuvo siempre igual aplicación de ánimo, facilidad, recogimiento, serenidad, sin turbaciones, respondió: que hasta llegar á la edad de casi doce años había experimentado cambios y alternativas en la oración; poniéndosela delante algunas dificultades que fueron siempre muy pequeñas, por lo mismo que no la estorbaban gran cosa volver á recogerse; que las más veces solía dejarse llevar de la contemplación de Dios con ánimo libre, quieto y sosegado; que también le fué forzoso algunas veces luchar con la flaqueza del cuerpo tierno y poco robusto; que tenía sus combates con el sueño y con las distracciones de la imaginación; pero que desde aquel tiempo en adelante se halló con grande facilidad para este ejercicio santo; porque en poniéndose á orar sentía dentro de sí que Dios admirablemente tiraba hacia El toda el alma con todas sus potencias; y que de tal suerte, con gusto indecible, se fijaban el entendimiento, la voluntad y la memoria en la hermosura divina, que aunque quisiera desasirse ó distraerse con la inquietud de la fantasía y las ocupaciones de los sentidos exteriores, no podía soltarse de aquel abrazo casto y apretado, ni de la admiración suavísima de la deidad soberana que sentía presente en

su alma. Preguntaba el Doctor si se veía obligada á hacerse alguna fuerza y contener la imaginación, mientras que las potencias más interiores, memoria, entendimiento y voluntad, estaban en esta unión, saboreándose con la dulzura inefable de su Dios; que declarase si era así, y cuánto ahinco y trabajo le costaba, y en qué apoyo estribaba para mantenerse en esta suspensión dulcísima. Negó Rosa que de su parte hubiese trabajo, fuerzas ni conatos penosos; que espontánea é instintivamente se dejaban llevar las potencias, como cuando la piedra imán atrae el hierro, uniéndole consigo. Decía también que las potencias se iban con inclinación, como natural á Dios como á su centro, con mucha suavidad; y que era tan inmensa la bondad que hallaban, que le parecía que solamente una gota que se destilase de aquel sumo bien, bastaba para corregir y endulzar la amargura del Océano, aunque fuera infinito. Añadía que afluían al corazón, con incomparable suavidad y alegría del mismo, tales gustos y consuelos de aquel centro de todos los bienes, que ni sabía ni podía explicarlo; con lo que comenzaba á resplandecer en el fondo de su alma la presencia de la divinidad, serena, amable y propicia; y que con toda certeza sentía que estaba allí, no pudiendo ya deleitarse con otra cosa sino con la certeza experimental de tener á Dios dentro de sí misma.

Preguntó también el Doctor si había leído acaso libros de Teología mística que la hubiesen dado á conocer el arte y método de este modo de entrarse dentro de sí ó que declarasen la naturaleza, señales, propiedades y efectos de este retiro interior y de este recogimiento. A esto contestó la virgen que lo excaso de su caudal no había dado lugar para tener á mano semejantes libros ni usar de ellos; que en estas materias solo la experiencia y la práctica le había servido de libro; que por eso no hallaba palabras que fuesen á propósito para explicar como quisiera los sentimientos íntimos de su espíritu, y que era al su rudeza, que-

aún no había llegado á su noticia si había algún nombre propio que significase esta oración intuitiva que ella practicaba.

Entonces el Doctor, como era tan versado en esta ciencia, se empeñó en enseñar á la virgen con sus propios vocablos los nombres de estas ilustraciones excelsas. Decíale que los maestros de la enseñanza mística llamaban á este género de contemplación, oración de unión. En ella, continuaba, el entendimiento se informa con especies que representan á Dios, no adquiridas por medio de los sentidos, sino infusas superiormente. No es necesario para este conocimiento y para el uso de estas especies y representaciones que el entendimiento haga reflexión sobre los fantasmas que representan objetos singulares y sensibles. Sin valerse de la especulación ni de la fantasía para penetrar y conocer y combinar lo que representan las especies infusas, juzga el hombre y conoce los misterios divinos; sin que entre á la parte la imaginación, sin que haga estruendo, ni ruido, ni inquietud al entendimiento. En tales ocasiones esta potencia espiritual está vacía y desnuda de imágenes fantásticas y sensibles y de especies que tengan su origen y dependencia de los sentidos. Y así se fecunda para conocer á Dios con la pureza luminosa de la forma espiritual, que se infunde y se da á conocer. Aquí Dios penetra en lo más recóndito del espíritu sin necesidad de medio alguno, sino por una unión admirable entre el alma y su Creador, de la que el hombre no puede darse cuenta. La parte afectiva, movida del objeto que le propone el entendimiento así iluminado, se enciende en fuego celestial, como el hierro cuando sale de la fragua. Causando estos efectos maravillosos la llama purísima que despidе el cielo de la bondad divina, comienza á percibirse en el paladar de la voluntad el gusto felicísimo de la fruición divina. Otras muchas cosas le dijo entresacadas de los aforismos de la Teología mística, declarando en qué consiste la simplificación del corazón, cuál

es el norte que ha de seguir la intención purificada, cómo se consigue la desnudez de los afectos, la indiferencia resignada, las introducciones secretas, para hallar á Dios dentro de sí. La expuso doctrinas altísimas acerca del abismo de las luces divinas; del adormecerse el discurso en la intuición y vista de las cosas celestiales; de la fuente de la vida y de otras cosas muy singulares que á Rosa, como estaba tan capaz de percibir las, agradaron cuanto puede encarecerse y aprovecharon de allí adelante para que supiese explicarse con los confesores con más claridad y términos más significativos que hasta entonces.

Pasó adelante el Maestro, y aunque parece que era volverse atrás, tocó de improviso en lo que se refiere á la vía que se llama purgativa. Preguntó con advertencia y cuidado á Rosa que cuánto tiempo se había detenido en hacer guerra á las inclinaciones desordenadas del alma; en descubrir las emboscadas de los vicios que en escuadrón armado salen á embestir las obras virtuosas; en curar las enfermedades de las pasiones indómitas y desenfrenadas; de qué medios se valió para estos efectos; cuánto fué el sudor y la fatiga que costó la empresa. Respondió Rosa que apenas recordaba estas luchas, guerras y combates; porque por la misericordia de Dios desde la infancia había sentido en sí propensión é inclinación á la virtud, sin experimentar tumultos ni rebeldías en las pasiones. Siguió diciendo que desde la primera noticia que tuvo de Dios, cuando la amaneció el uso de la razón, se halló llena de temor y horror de los pecados, y que si algún movimiento indeliberado de las pasiones se atrevía á levantarse contra la razón, instantáneamente le desbarataba y rendía, sin guerra, sin pelea, con solo valerse de la consideración de la presencia de Dios, que traía siempre muy á sus ojos. Preguntada qué consuelo hallaba en las criaturas, si alguna vez le acontecía querer recrear algún tanto el ánimo fatigado por la contemplación profunda, aflojando las riendas, dando licencia para

un honesto entretenimiento, usando de las leyes de la virtud que llaman eutropelia; respondió que no podía hallar alivio ni recreación en ninguna criatura; que todo su entretenimiento y deleite consistía en sentir con certeza que tenía á Dios presente en su alma; y que si sólo un momento le perdía de vista, esta era para ella la mayor pesadumbre y pérdida, y que esto le parecía pena más intolerable que el mismo infierno. Preguntó más el Doctor, qué supuesto que no puede subir el alma á este alto grado de quietud, si no es por abrojos y espinas, si había tenido persecuciones y trabajos por otro lado. Dió á entender Rosa que sí; mas teniendo respeto á que su madre estaba presente, no bajó á especificar en particular, contentándose con decir en general que la gente de su casa la había mortificado con vejaciones, molestias y pesadumbres, por causa de tener por singular su trato y modo de vivir. Luego con una digresión muy bien traída, se introdujo en decir algo de lo mucho que padecía con las visiones desolatorias, representaciones y miedos de que hablamos en el capítulo antecedente, rogando con mucho ahinco al Doctor que le explicase, pues era tan sabio, la naturaleza, el origen, las señales y la propia significación de aquel suplicio, desolación y desamparo. No rehusó Castillo el decir su parecer, según se le alcanzaba. «Cuando entre aquellas tinieblas, decía el Doctor, te parecía, oh Rosa, que podías esperar salida y que había de tener fin el molesto ahogo, has de saber que fué en cierto modo gustar las penosísimas dilaciones de las almas del Purgatorio, que en aquella cárcel gimen, viendo lo que se dilata el sumo bien que esperan. Pero cuando por ningún lado ni camino se descubría luz para esperar libertad y remedio, y se introducía la oscuridad y horror envuelto en el humo de la eternidad, esta era una imagen muy al vivo de las penas del infierno. Con este ejercicio se va industriando el alma hasta adquirir el conocimiento de sí propia; y con esta sucesión continua de luces y de tinieblas aprende con